

Con ella dará fin la galería de los personajes célebres de las antiguas naciones que poblaron esta parte del continente americano; y en estas biografías, y en las que les siguen, los autores cuidarán, como han cuidado en las anteriores, de referir los sucesos con exactitud, para que sean un breve curso de historia nacional; y procurarán, como hasta ahora, juzgar de los hechos y de las obras de los personajes cuyas vidas refieran, sin dejarse dominar por ninguna pasión que pueda ofuscar sus ánimos, para aplicar un criterio imparcial á aquellos hechos.

Después de las mencionadas biografías, seguirán en este mismo volumen las de D. Martín Cortés el Bastardo, D. Luis de Velasco el II, Sor Juana Inés de la Cruz, Ibarra, Cabrera, los Juárez, Tres Guerras, etc.; políticos, poetas, pintores, arquitectos, y hombres de otras ciencias que llamaron la atención en la época de la dominación colonial.

En cuanto á la edición, será tan hermosa como hasta aquí; y creemos que el público estará satisfecho con ella, pues no solo se ha hecho lo que se le prometió, sino que se ha ido mas allá de lo ofrecido.

Motivo es este para que creamos que los suscritores seguirán dispensando su benevolencia á esta publicación.

EL EDITOR.

MALINTZIN.

I.

EL 12 de Marzo de 1519, la armada española á las órdenes de Hernán Cortés, llegaba al río de Tabasco, ya conocido con el nombre de Grijalva, que se le había dado para immortalizar la memoria del atrevido navegante que fué el primero en surcar sus aguas. Los indios que poblaban sus riberas, y que se alentaban con el recuerdo y el ejemplo de sus armas victoriosas en Yucatan, se presentaron en son de guerra, resueltos á disputar palmo á palmo el terreno, á aquel puñado de aventureros que osaba amenazarlos.

El valor que los conquistadores desplegaron en esta empresa, la superioridad de sus elementos de guerra, la ostentación que hacían de sus corceles, desconocidos enteramente de los indios, y las engañadoras promesas con que aparentaron que su misión era de paz, dieron por resultado que cesara como por encanto, aquella tenaz y gloriosa resistencia de los mexicanos.

Vencidos estos en sangrientos combates, era el momento oportuno para proponer la paz; y Cortés envió como mensajeros de ella, á cinco indios que habia hecho prisioneros.

Un dia de los últimos del mismo mes de Marzo, los señores principales de Tabasco, se presentaron en medio del campamento español, rindiendo grande acato y reverencia á Cortés, y trayendo en prenda de sus intenciones un presente que consistia en algunas joyas de oro, telas y otras cosas de poco valor, á lo que se agregaban veinte mujeres, entre las que descollaba una por su extraordinaria hermosura.

Esta mujer estaba llamada á desempeñar un gran papel en aquella lucha memorable. *Fué gran principio para nuestra conquista*, dice hablando de ella el viejo veterano Bernal Diaz del Castillo.

Bien sabian ya Cortés y sus soldados que el oro que codiciaban no habian de encontrarlo en el Tabasco, y que aún tenian mucho que hacer para llegar al corazon del opulento imperio de Motecuhzoma. Así es, que despues de procurar la conversion de los indios, en nombre del poderoso monarca que les enviaba desde el otro lado de los mares, levaron anclas y desplegaron sus velas al viento propicio que debia conducirlos á ese punto del golfo en que se asienta la heroica ciudad de Veracruz.

II.

La armada se detuvo en una pequeña isla que Juan de Grijalva habia bautizado ya con el nombre de San Juan de Ulúa. El tiempo era templado, la mar estaba tranquila, y una ligera brisa acariciaba las tostadas frentes de aquellos hombres de hierro. Mucho le agradó á Cortés aquel paraje, y creyó que podria anclar con seguridad á sotavento de la isla, la cual le defenderia de los nortes que soplan en estos mares durante el invierno, y algunas veces tambien hasta muy entrada la primavera.

Multitud de nativos se veian reunidos en la playa del continente, contemplando con admiracion aquellos buques que jamas habian visto y que caminaban con poca vela sobre el manso seno de las aguas.

Habíanse apenas detenido, cuando una ligera piragua llena de nativos se desprendió de la playa, y dirigióse á la embarcacion que montaba el general, y que se distinguia por estar flotando en uno de sus mástiles la insignia real de Castilla. Vinieron los naturales á bordo con gran confianza, inspirada sin duda por las noticias que habian esparcido los primeros que comerciaron con Grijalva, trayendo presentes

que consisti en frutas, flores y adornos de oro, y que cambiaban contentos por los dijes de los españoles.

Pero el conquistador necesitaba entablar conversacion con aquellos indios, para imponerse por ese medio de la clase de imperio que gobernaba Motecuhzoma, y poder calcular si con los mezquinos elementos que contaba, le seria posible llevar á cabo la colosal obra que habia emprendido. Ademas, Cortés tenia bastante prudencia para presentarse en son de guerra, é intentaba primero someter voluntariamente aquellos pueblos á la corona de Carlos V, alucinándolos antes con promesas engañosas. Era preciso que la palabra del intérprete pusiera en contacto aquellas dos tan distintas civilizaciones. Sin ese precioso talisman, ¡quién sabe cuál hubiera sido entonces el éxito de la empresa!

Acordóse luego Cortés de Juan de Aguilar, el prisionero de Yucatan, y vió burladas sus esperanzas al saber que el dialecto maya en que estaba versado, tenia poca semejanza con el azteca. Entonces se le instruyó de que la bella esclava que le regalaron los señores de Tabasco, era mexicana de nacimiento y comprendia el idioma.

Tuvo ya la clave para descifrar aquel mundo, aquella civilizacion, aquella historia.

III.

Esa mujer llegó al campamento español sin un nombre, y era preciso ante todo hacerla cristiana. Bautizáronla en el acto con el de Marina, que los mexicanos pronunciaban *Malintzin*. (1)

Habia nacido en Painala (2), pueblo de la provincia mexicana de Coatzacoalco. Su padre habia sido feudatario de la corona de México, y señor de muchos pueblos. Cuéntase

1 Sustituyendo la *l* á la *r* que no trae en su idioma, y agregando la terminacion *tzin*, que indica veneracion ó respeto, la que los españoles, para quienes su pronunciacion suave era difícil, cambiaban en *che*.

[Alaman, en sus notas á la *Historia de la conquista de México*, por Prescott.]

2 Gomara, á quien siguieron Herrera y Torquemada, dice que nació en Xalisco, y que de allí la llevaron los mercaderes á Xicalanco; mas esto es falso, pues Xalisco dista de Xicalanco mas de novecientas millas, y no se sabe, ni es verosímil, que haya habido comercio entre provincias tan distantes. Bernal Diaz, que vivió largo tiempo en Coatzacoalco y conoció á la madre y al hermano de D^a Marina, confirma la verdad de mi noticia, y dice que lo supo de su misma boca.

(Clavijero, *Historia antigua de México y de la conquista*, lib. VIII.)

que enviudó la madre y se casó despues con otro noble, de quien tuvo un hijo; y parece que el amor profesado por los esposos á este fruto de su enlace, les inspiró el infame desig- nio de fingir la muerte de la primogénita, á fin de que toda la herencia pasara al hijo, valiéndose de este ardid, para ale- jar toda clase de sospechas. Habia muerto á la sazón la hi- ja de una de sus esclavas, é hicieron el duelo como si la muerta fuese su propia hija, entregando ésta clandestina- mente á unos mercaderes de Xicalanco, ciudad situada en los confines de Tabasco. Los xicalancos la dieron ó la ven- dieron á sus vecinos los tabasqueños, quienes como hemos visto la regalaron á Cortés.

Estaba entonces en la primavera de su vida, en todo el es- plendor de su juventud; eran regulares sus facciones, y sus ojos expresivos revelaban mucho ingenio y grande espíritu. "*Era de buen parecer, y entrometida é desenvuelta,*" dice Ber- nal Diaz.

Fué extremada su fidelidad á los conquistadores; y su co- nocimiento del idioma, de las costumbres, y muchas veces de los planes de los mexicanos, la puso en aptitud de sacar á sus amigos en muchas ocasiones, de las dificultades mas emba- razosas y violentas.

IV.

Primero como intérprete, despues como consejera y mas tarde como querida de Cortés, le acompañó en toda aquella célebre campaña. Referir aquí uno por uno los servicios que Malintzin prestó á los españoles, seria tanto como hacer la historia de la conquista. Como ejemplo solamente, refe- riremos el episodio de Cholula.

Ocupaban esta hermosa ciudad los españoles, en compa- ñía de sus aliados los cempoales y los tlaxcaltecas. Pero la benévola acogida que les habian hecho los embajadores de Motecuhzoma y los señores de Cholula, estaba muy lejos de ser sincera. El emperador pensaba que ahí era fácil aca- bar de una vez con los invasores.

Así es, que poco á poco se les fueron retirando los víve- res, cesó el agasajo y asistencia de los señores: los embaja- dores tenian conferencias misteriosas con los sacerdotes; se traslucia la irrisión y la falsedad en los semblantes, y todas las señales inducian novedad y despertaban el recelo mal adormecido. En vano procuraba Cortés inquirir cuáles se- rian las intenciones de aquella gente.

Malintzin habia estrechado amistad con una india anciana, mujer principal y emparentada en Cholula, á quien visitaba con familiaridad. Ese dia viene esta última llena de zozobra á buscar á su amiga, y llamándola aparte misteriosamente, empezó á condolerse de su esclavitud y á convenecerla "que abandonara á aquellos extranjerios aborrecibles "y se fuera á su casa, cuyo albergue la ofrecia como refugio "de su libertad."

Malintzin vió entonces corroborar los indicios que ya tenia; y fingiendo que venia oprimida y contra su voluntad entre aquella gente, aceptó el hospedaje con tanto agradecimiento, que la india no tuvo ya empacho en descubrirle su corazon, diciéndole: "que convenia en todo caso se fuese luego, porque se acercaba el plazo señalado entre los suyos "para destruir á los españoles, y no era razon que una mujer de sus prendas pereciese con ellos; que Motecuhzoma "tenia prevenidos á poca distancia, veinte mil hombres de "guerra para dar calor á la faccion: que de este grueso habian entrado ya en la ciudad á la deshilada, seis mil soldados escogidos: que se habia repartido cantidad de armas "entre los paisanos: que tenian de repuesto muchas piedras "sobre los terrados, y abiertas en las calles profundas zanjias, en cuyo fondo habian fijado estacas puntiagudas, fingiendo el plano con una cubierta de la misma tierra, fundada "sobre apoyos frágiles, para que cayesen y se mancasen los "caballos: que Motecuhzoma trataba de acabar con todos los "españoles; pero encargaba que le llevasen algunos vivos "para satisfacer á su curiosidad y al obsequio de sus dioses: "y que habia presentado á la ciudad una caja de guerra, hecha de oro cóncavo, primorosamente vaciado, para excitar "los ánimos con este favor militar."

Dióle á entender entonces Malintzin que se alegraba de lo bien dispuesta que tenian la empresa; hizo todavia las preguntas necesarias hasta obtener noticia cabal de la conjuracion; y separándose un momento de ella con el pretexto de ir á recoger sus joyas, fué á dar cuenta de todo á Cortés,

quien en el acto mandó prender á la india, valiéndose de amenazas hasta que la hubo obligado á confesar la verdad.

Dicen los historiadores, que todavia adquirió mayores pruebas del levantamiento de los cholultecas para resolverse á hacer en ellos terrible escarmiento. Lo cierto es, que llegaron ante él dos mil indios que habia pedido para que le acompañasen en su marcha, y á quienes suponía ya la intencion de atacar su retaguardia; los hizo colocar divididos por grandes grupos en los extensos patios del alojamiento, donde los aseguró mañosamente, dice Solis, dándoles á entender que necesitaba de aquella separacion para formar los escuadrones de la manera que creia mas conveniente.

Puso despues en órden á sus soldados, bien instruidos ya de lo que debian ejecutar, y montando á caballo se dirigió á los indios, diciéndoles en alta voz, que Malintzin interpretaba con vehemencia: "que ya estaba descubierta su traicion y su castigo resuelto, y que por el rigor que empleaba comprenderian cuánto les convenia la paz que trataban de romper alevosamente."

Y dicho esto, mandó que cerrase la infantería con los indios, que aunque tenian armas y trataron de unirse para defenderse, fueron deshechos sin dificultad, escapando solamente con vida los que pudieron esconderse, ó se arrojaron por las paredes sirviéndose de su ligereza.

Así se consumó esa horrible matanza de Cholula, que inauguraba la série de crueldades sin ejemplo, que á cada paso se registran en la sangrienta historia de los conquistadores.

Es verdad que el patriotismo de los mexicanos se valió de un ardid ilícito para destruir á los soldados de Cortés; pero tambien es preciso considerar que en el estado de civilizacion que aquellos guardaban, no era posible que tuvieran conocimiento de las leyes de la guerra; y que tal vez creyesen de buena fé, impulsados por el vivo deseo de la propia conservacion, que podian usar de todos los medios posibles para aniquilar á los hombres que amenazaban destruir para siempre su libertad y su independencia.

Por otra parte, ¿acaso Cortés les manifestó desde el principio, cuáles eran sus verdaderas intenciones? ¿Tenía acaso motivos justos para hacer la guerra al imperio de Motecuhzoma? ¿No se valió siempre de la astucia y de la mentira para procurarse aliados entre los mismos pueblos que iba á subyugar, haciendo así estéril la defensa de aquellos que nunca creyeron en sus engañadoras palabras?

Pero sea de esto lo que fuere, siempre aparecerá repugnante el tipo de esa mexicana, que con tan enérgica voluntad conducía de la mano á los verdugos de su patria, por entre un río de la sangre de sus hermanos.

Malintzin había ya traicionado á su país, y por una consecuencia triste, tenía que ser infiel en Cholula á la amistad y ver tranquila el horrible sacrificio de dos mil de sus compatriotas.



LIT. DE H. IRIARTE.

D. FERNANDO CORTÉS.

V.

Se ha dicho que el grande amor que Cortés le inspirara, fué la causa principal de que faltase á sus mas santos deberes.

Cuando el conquistador la recibió como un presente de los señores de Tabasco, en compañía de otras veinte mujeres, repartió á cada capitan la suya, tocando Malintzin al caballero Alonso Hernandez Puertocarrero, primo que era del conde de Medellin. Pero es el caso, que habiendo hecho este capitan un viaje á Castilla, Cortés en su ausencia tuvo en la india un hijo, que se llamó D. Martin Cortés; quien llegó con el tiempo á disfrutar de gran consideracion, y fué hecho comendador de la Orden de Santiago, hasta que en 1568, acusado de tramar proyectos de traicion contra el gobierno, se le condenó á sufrir el tormento en la misma capital que su padre habia conquistado para la corona de Castilla.

Esta union de Cortés con la india, ha sido considerada tambien como un rasgo de política, para asegurarse la fidelidad de la intérprete, aunque sobre este particular dice gravemente el padre Solís, que: "antes cree que fué desacierto

de una pasion mal corregida, y que no es nuevo en el mundo el llamarse razon de Estado la flaqueza de la razon.”

Bien sea porque Cortés ya no encontrase atractivo en sus relaciones con ella; ó lo que es muy posible, que terminada la conquista, ya no estimara de grande importancia sus servicios, el resultado fué que en 1523, durante la expedicion á Honduras, la casó en definitiva con un hidalgo llamado Juan Jaramillo.

VI.

Esta célebre expedicion, motivada por el levantamiento de Cristóbal de Olid, y que fué la última en que figuró Malintzin al lado de Cortés, nos proporciona dos rasgos que acabarán por darnos á conocer completamente el carácter de esta mujer.

Estando Cortés de paso en Coatzacoalco, mandó llamar á todos los señores de aquella provincia, para procurar su conversion á la fé cristiana, y darles seguridades de que no les trataria mal; y entonces vinieron entre ellos, la madre y el medio hermano de Malintzin. Todos los que presenciaban su entrevista con ésta, reconocieron luego el estrecho lazo de parentesco que los unia entre sí, por la extraordinaria semejanza de sus facciones.

Al ver ellos á Malintzin, manifestaron llorando el temor que tenian de que los mandase llamar para matarlos, vengándose así de la infame injusticia de que habia sido víctima. Malintzin entonces procuró consolarlos, diciéndoles que desechasen todo temor; porque cuando la entregaron á los mercaderes de Xicalanco, no habian sabido lo que hacian, y que los perdonaba de corazon. Dióles tambien joyas de oro y